



CRÓNICA DE UNA VUELTA AL MUNDO

José M.^a FUENTE DE CABO

Simón AGULLA GONZÁLEZ
Capellán SARFAS



N el año 2007, la fragata *Álvaro de Bazán* realizó el crucero «Luis Váez de Torres» de circunnavegación, primera vuelta al mundo de un buque de guerra español después de que 141 años antes lo hiciera la fragata blindada *Numancia* de Méndez Núñez.

En aquellos meses, que nos llevaron por lugares como Maldivas, Malasia, Australia, Samoa y otros, el *Páter* y el segundo comandante, con las valiosas colaboraciones e ideas de otros miembros de la dotación y con el incondicional apoyo

de los dos comandantes que tuvo el buque durante su periplo, escribimos algunas crónicas, más bien emanadas del corazón y de los sentimientos que aquellas singladuras nos inspiraban que del rigor náutico, geográfico u operativo.

Recogemos aquí tres de ellas sobre momentos que nos parecen especialmente entrañables, con nuestro recuerdo a todos los que vivimos a bordo aquellos inolvidables instantes.

Día 4 de febrero de 2007. La puerta de Suez

Ya hemos cruzado el canal de Suez; navegando por el desierto, el Sinaí por babor. Hemos oído las primeras palabras en árabe por los canales marítimos de radio, atropelladas y presurosas, como siempre. Como siempre, «la puerta de Suez», que cruzábamos de vuelta hace poco más de un año, sin sospechar que nos estaba esperando.

El umbral del mar Rojo, la salida de nuestra cultura, la entrada a un mundo diferente y fascinante, de miradas perdidas y tiempo infinito, donde las cosas suceden de otra manera, donde la gente tiene menos y sonríe más. Mundos apasionantes y olvidados, lejos del recuerdo de nuestra Europa del bienestar, a veces tan buena y a veces tan aburrida y monótona.

Es realmente «la puerta de Suez». No nos verá volver esta vez, que nuestra derrota abrazará por completo el globo terráqueo y nos verá surgir en sus cinco continentes, Dios mediante.

Navegamos en este estrecho corredor entre dos continentes que es el mar Rojo, y mirar la carta se nos antoja apasionante una vez más. Tras la estrecha gola del golfo de Suez, poblada de pozos petrolíferos y abundante tráfico mercante, nos quedan mil doscientas millas en un mar repleto de arrecifes de coral, donde vieron su fin muchos buques en tiempos pretéritos. Mil doscientas millas entre Asia y África, en un mar donde alternan enormes petroleros en ruta hacia las sedientas refinerías occidentales, y embarcaciones primitivas con timón de codaste y casco de madera. Más adelante, la puerta definitiva: Bab el-Mandeb. Después de ella, y tras una breve parada en Djibuti, una mar inmensa que nos llevará a Oceanía. Como antes, como siempre, rumbo al horizonte, rumbo a la Cruz del Sur.

Día 12 de abril de 2007. Samoa-Hawai

Día 25 por la tarde. Envuelta en chubascos, aparece Tutuila, una isla de muy escasas planicies, con elevaciones que caen directamente sobre el mar de forma casi vertical. Ni un resquicio de tierra falta por cubrir de espesa vegetación. El color verde intenso lo llena todo y sólo se interrumpe al fundirse en el



Isla de Tutuila entre chubascos.

azul del mar en una costa abrupta, rocosa, que de cuando en cuando deja sitio a playas solitarias. A mitad de isla se abre la bahía de Pago Pago, una estrecha porción de agua flanqueada por dos auténticas paredes verdes, que nos parece una imagen de los albores de la humanidad, el escenario ideal del «Parque Jurásico». Las casas salpican el paisaje en las zonas bajas. Al fondo de la bahía, el minúsculo pueblo de Faga Togo. Más arriba, dominar la verticalidad se torna imposible excepto para las acacias, los cocoteros y plantas tropicales cuyos nombres desconocemos, de enormes hojas. Poco después de atracar, la noche llega y lo invade todo. El verde se vuelve negro; negros también los azules del cielo y del mar. Nos queda solamente la Luna y la Cruz del Sur... La dotación, algo impactada de pasar del bullicio de Sydney al sosiego, casi estremeedor, de Samoa.

Las islas, volcánicas; con una vegetación exuberante, playas de aguas cálidas y arenas coralinas. Descansamos; nos rodea con sus brazos el sosiego y la tranquilidad samoanos.

En la tarde del día 28 salimos hacia Hawái, la que será nuestra primera escala ya de nuevo en el hemisferio norte. La minúscula isla de Tutuila se hace pequeña en el horizonte. Esta noche quedará nuevamente sumida en la oscuridad; en la oscuridad para nuestro mundo, olvidada como tantas otras

islas perdidas. En Samoa seguirá lloviendo, un día habrá pasado, llegará la noche y después otro día. La vida allí seguirá, apacible, casi indolente. La isla se torna pequeña en el horizonte, en la carta... Qué grande es el mundo, qué pequeños somos en medio de este océano enorme...

Arrumbamos continuamente al nornordeste, atravesando la llamada «zona de convergencia intertropical», cinturón cercano al Ecuador con predominio de calmas (las *doldrums*) y aparatosos cumulonimbos, que descargan en fuertes chubascos, como los que pudimos ya sentir sobre nosotros en Pago Pago. Rebasada esta zona, volvemos al alisio, esta vez del nordeste, que nos acompaña hasta Hawai, soplando de bonancible a fresco.

Vamos dejando atrás países tan curiosos como desconocidos: Tuvalu, que con 25 km² y 12.000 habitantes es el segundo más pequeño del mundo (el menor de todos es Nauru, en este mismo océano). Pasamos por aguas de Kiribati, país formado por multitud de islas dispersas que, aunque distan hasta 4.800 km entre sí, tiene una minúscula extensión donde viven 85.000 habitantes. Dejaremos, en fin, el atolón estadounidense de Palmyra al este, antes de llegar a Hawai.

Cada día se incluyen en la orden diaria reseñas de tantos navegantes españoles que surcaron las aguas de este «océano español», como acertadamente se le ha llamado. Que sepamos que nuestros ancestros anduvieron por aquí, en estas aguas que nosotros ahora reconquistamos para España...

El día 1 de abril, Domingo de Ramos, cruzamos de nuevo el Ecuador. Dejamos irremediamente el hemisferio austral, después de 37 días. Parece que fue ayer cuando cruzamos la línea equinoccial en febrero, en el mar de Java. Irremediamente se aleja, se escapa bajo el horizonte, apagándose su luz, pasando del mar de los sueños al de los recuerdos.

¡Mis sueños; dónde están! Quedaron en la costa meridional de Australia, tan inhóspita como fascinante, quedan los grandes albatros y petreles que pueblan por doquier aquellas latitudes, desafiantes de la «gran marejada austral», que tantas veces he soñado a través de los libros de Moitessier, Slocum, Dumas y otros locos navegantes que se aventuraron en solitario por esas aguas. Allí fui feliz unos días. Aquella mar tendida, larga, imponente, me recordaba el temor obsesivo del navegante Joshua Slocum a ser sorprendido por la ola cruzada e irse «por ojo», como así le sucedió. Y aunque nuestro barco la cabalgaba con dominio y seguridad, no podía dejar de sentirme muy pequeño en medio del océano.

Vuelvo la mirada hacia proa y mis recuerdos van dando paso a la ilusión de lo por venir: Hawai, América, el Atlántico... ¡y nuestra casa! Mi imaginación vaga de nuevo con versos de Alberti:

«Del barco que yo tuviera,
serías la costurera,
las jarcias, de seda fina;

de fina holanda, la vela.
 ¿Y el hilo, marinerito?
 Un cabello de tus trenzas.»

En el ínterin, la vida continúa con nuestros trabajos y ejercicios: jornadas de seguridad operativa, zafarrancho de combate, simulacro de abandono de buque, adiestramiento en contraincendios, vuelo, etc., sin olvidar las diarias faenas domésticas, que no en vano un barco de guerra es, además de un arma, la casa de una gran familia de más de doscientas personas.

En las noches, la Estrella Polar gana altura, al tiempo que la Cruz del Sur mengua. «No, por favor, volvamos a mi sueño, volvamos allá para siempre...».

Milla tras milla, recalamos en la isla de Oahu, la más poblada del archipiélago hawaiano. En la mañana del 4 de abril, Miércoles Santo, atracamos en la base naval del histórico Pearl Harbor.

Día 19 de mayo de 2007. La llegada

Dejamos Puerto Rico (mi viejo San Juan) y comenzamos a cruzar el Atlántico. Volvemos al océano que nos vio partir. Las temperaturas bajan según ganamos latitud.

Es domingo 13 de mayo, día de la Virgen de Fátima y del Santo Cristo de los Milagros, cuando llegamos a Punta Delgada, en la isla de Sao Miguel. Volvemos a estas islas verdes, apacibles, nostálgicas, evocadoras; encrucijada de caminos atlánticos, de sueños marineros. Soñando despiertos, creemos ver Galicia en sus verdes prados. Queda poco por la proa.

En el muelle nos reencontramos con el dibujo del barco, recuerdo de nuestra visita de hace dos años, cuando recalamos aquí de camino a Norfolk.

Más a poniente de Sao Miguel se encuentra la isla Terceira, testigo de hechos heroicos de quien da nombre a nuestro barco: *Álvaro de Bazán*, que desde su nao capitana, el galeón *San Martín*, logró la toma de la isla en algo más de media hora.

El 16 de mayo dejamos este bastión de tierra volcánica en medio del abismo oceánico, acompañados por el anticiclón en nuestra derrota de regreso. Dos días más tarde, horas después de despedir a nuestro helicóptero, *Canguro*, que adelanta su salto a tierra en previsión de un posible empeoramiento del tiempo, avistamos costa gallega. Reconocemos Finisterre, Toriñana, Villano, Sisargas... nombres que saben a casa.

Y el 19 de mayo, la Virgen del Carmen nos devuelve felizmente a nuestro origen. Llegamos. Tras montar Prioriño y el Segaoño, embocamos la estrecha gola entre castillos y poco después atracamos a los sonos de la banda de música. Tiempo ferrolano, como ha de ser. Nuestras familias llenan el muelle de alegría.



Llegada a puerto luciendo las banderas de los diez países visitados.

Como decía el navegante Eric Tabarly, nos despedimos con un torpe «adiós», «buen permiso», «hasta luego»... ¡Cuatro meses compartiendo la vida! Nos vamos a casa con una extraña sensación. ¡Otra vez a recomenzar nuestra feliz vida familiar! Pero... mientras abrazamos a nuestros seres queridos, vemos, como borrosamente, islas, océanos...y Australia en el horizonte. ¡Rumbo al horizonte, rumbo a la Cruz del Sur...! Mi mirada flota, se pierde, se nubla entre el gozo de la llegada y la imaginación desbordada.

Y antes de irme con mi familia, al volver la vista atrás y ver el barco, tan quieto, tan sin vida, tan triste ahora, lo imagino aún cabalgando con fuerza aquella mar austral

inmensa, ahora tan lejana, y pienso: ¡Dios mío, qué grande es el mundo!

